

Tal vez le pareció poco eufónico. Por nuestra parte, nos parece discreto respetar la causa de esta extravagancia.



CAPITULO III.

El león y el hombre.

REINAN la sombra y el silencio. La noche está á punto de terminar; pero todavía la primer penumbra no viene á recortar el perfil de ninguna montaña en la bóveda cerrada y oscura por todas partes.

Zéfiro se ha levantado de puntillas y ha echado á correr por las florestales de los campos.

Las hojillas se mueven á su paso con el estremecimiento del niño que despierta.

Miles de pequeños párpados sienten cumplido el período del descanso, y dejan brillar los ojos de las aves todavía entre las sombras.

En la oquedad de un peñón abrupto, tapizado de hojarazca, cerdas y despojos, acaba de despertar el león de los desiertos, á tiempo que la primera línea blanquecina ha marcado en el horizonte la división del cielo y de la tierra.

El león abre los ojos, inmóvil, pero pasando del abismo del sueño á la claridad del pensamiento, se da cuenta del nuevo día.

En tanto la aurora desde el oriente visita, de las primeras por su altura, aquella alcoba salvaje.

El león se incorpora haciendo crujir la caliente hojarazca de su lecho, ergue el cuello, mueve la cabeza, enarca el lomo; y haciendo un movimiento

hacia atrás, atiranta sus dos robustos brazos para desentumir sus músculos y sus tendones; después retira hacia atrás, alargándolos, uno por uno sus cuartos traseros; da dos pasos fuera de su guarida y se sacude fuertemente para desalojar de entre los pelos de su piel las escorias adheridas; da algunos pasos más ascendiendo, y se coloca, como sobre un pedestal de galería de artes; sobre una roca plana.

Sostiene una larga mirada contemplando las rosadas y brillantes nubes del oriente, como si también en el cerebro de los leones cupiera la oración matutina de la criatura al Hacedor Supremo.

Después de contemplar, pudo notarse que la fiera experimentaba algún goce íntimo, porque su cola, que no había movido hasta entonces, se irguió describiendo en el aire dos graciosas

eses con su copiosa borla de greñas amarillas.

El Sol, rompía entonces dos ígneas *cúmulus*, sobre la montaña; y como de la grieta de un horno ardiente, salieron hilos de luz que fueron á esmaltar con toques de oro las crenchas de la fiera.

¡Qué hermosa estaba, destacándose en el fondo verdinegro de las encinas no alumbradas todavía, su silueta dorada por el Sol!

Con una especie de bostezo, abrió sus dos mandíbulas, dejando ver sus blanquísimos colmillos y su lengua color de rosa, que lamió después los bellos, como último detalle del despertar.

En seguida, volvió la mirada en varias direcciones, se dilataron los poros de su ancha nariz, volvió á erigirse sobre las manos, y moviendo la cola con estremecimiento inusitado, lan-

zó sonoro, ronco y prolongado bramido que repercutieron todas las montañas.

El dios Pan, con su dorso desnudo y musculoso sobre sus piernas hirsutas, acaba de sonar la flauta de siete notas de su invención, y el reino animal respondía á la armonía sagrada con el estremecimiento de la carne.

Aquel rugido, como el ronco sonar de los tímboles en la orquesta, había venido á mezclarse á la armonía de la oda eterna de la juventud á la belleza.

En estos momentos el león, como si acabara de formular una resolución suprema, como si obedeciera á un plan preconcebido, como si bullera en su cerebro un mundo de esperanzas, como si se encaminara á un destino de deleites, echó á andar por los bosques.

La sinopsis de aquella escena agreste, el argumento de aquel poema salvaje, era este: La Leona.

Ernesto el dependiente de tenería con cuarenta pesos, hijo de D.^a Mariquita Quijada, acaba también de despertar entre sus sábanas de manta, y aunque no movía la cola ni lo doraba el sol naciente, casi hacía versos; porque al oír, en sueños, la misma flauta del dios Pan que había oído el león, pensaba en su novia.

Mientras Ernesto se levanta sigamos al león.

Había echado á andar por las selvas, al principio tomó un paso precipitado como para abandonar pronto aquellos sitios conocidos y recorridos ya; pero al cabo de algún rato comenzó á caminar con alguna precaución. De trecho en trecho hacía paradas, levantaba la cabeza y se notaba cierto movi-

miento alternativo en sus orejas, cuya cubierta se levantaba un tanto, como para recoger los sonidos lejanos y luego echaba hacia atrás la cabeza, levantándola, como para que sus narices alcanzaran una capa de atmósfera más alta que su cuerpo.

Si á su paso encontraba alguna eminencia, trepaba á ella resueltamente, y en la cumbre se instalaba volviendo después la vista en todas direcciones.

Esperaba, no sabemos que efluvios que debía encontrar en la atmósfera; no sabemos que ruidos que debían venir en el viento, y sus ojos, dotados entonces de doble percepción, escudriñaban las malezas, y todos los accidentes del terreno y esperaba.

En una de tantas exploraciones debió llegar por fin á su exquisito sentido salvaje, el aviso apetecido, y estremeciéndose de emoción se lanzó preci-

pitadamente por una senda y se perdió en la espesura.

En su largo viaje había despreciado más de una vez la presa fácil para saciar el hambre, y caminaba sin detenerse; hasta que á la vuelta de una encrucijada, se paró inusitadamente y levantó la cabeza.

Tenía delante el tajo perpendicular de una montaña, cerca de cuya cúspide, volaba hacia el abismo la esplana-da de una roca.

Sobre ella como apropósito, como para hacerse visible, estaba de pié una hermosa leona.

Ella tambien hizo un movimiento de sorpresa, y colocando sus garras en la última línea de las rocas, se asomaba hacia el abismo como buscando la bajada.

El león entonces lanzó un bramido que hizo estremecer á los pobladores



de la selva, pero que fué, casi en el acto, contestado por otro bramido más ronco, más feroz y más prolongado.

El león, más ergido aún, y más sobre sí mismo, movía la cola con movimientos nerviosos sin quitar la vista de la dirección en que había sonado el rugido de alarma.

He ahí á la fiera en la plenitud de la vida, llena de amor y de vigor salvaje, ágil, fuerte, robusta, decidida, sin vacilar ante el peligro como el adalid que va á pelear por su honor y por su dama, por su dama, que le contempla desde su inaccesible minarete y debía encontrarle todo el encanto de la juventud, del amor y de la belleza.

Cesaron los movimientos de la cola del león y quedó por breve rato inmóvil como un león de bronce. Pensaba.

Aquel acantilado del minarete de la leona, debía ser el término abrupto de

una ondanada dependiente accesible colocada en el sentido opuesto.

El león la había medido con el teodolito de su instinto, y se lanzó en la dirección que una comisión de ingenieros le habría marcado.

Efectivamente, á poco, tomando el recodo más bajo, ascendía ya por la pendiente que debía terminar en la esplanada del precipicio.

Rastreó, olfateó y rugió.

¡Había huellas de león!

El mismo rugido ronco y feroz que le había contestado antes resonó en la cumbre!

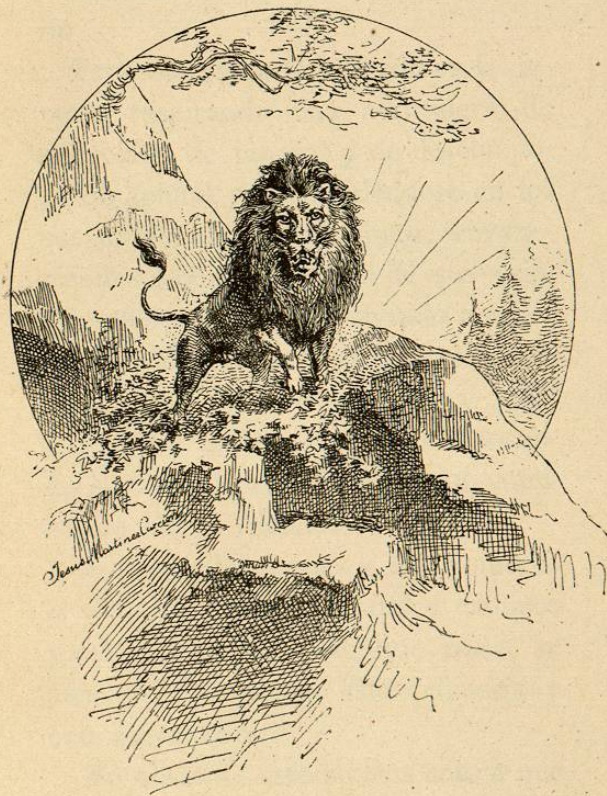
Brillaron sus ojos como dos carbunclos, rascó la tierra con las patas traseras como para borrar malditas huellas, sacudió las guedejas con impaciencia y ascendió resuelto. A poco se detuvo: las huellas escitaban su celo, su amor y su coraje, y ascendía.

Por fin hizo alto, se irguió, y después de esperar comenzó á caminar con el paso estratégico del gladiador que se prepara al ataque y está alerta para no ser sorprendido.

De repente se destacó en el estrecho desfiladero la enorme cabeza de un viejo león de piel oscura y guedejas negruzcas.

¡Era Leonidas que guardaba el paso de las Termópilas!

Aquella vieja bestia, llena de celo y de rabia acababa de lanzar al espacio el rugido más imponente y más feroz que habían oído aquellas selvas, y antes de que las montañas vecinas hubieran acabado de repercutir los ecos, la enorme fiera, rápida como el rayo, había caído del aire sobre el león joven clavándole garras y colmillos; pero al primer salto y aún ciego de coraje, la noble fiera se detuvo porque el león



joven jimió al sentirse herido y rodaba por la grama, impelido todavía por el formidable empuje de su adversario.

Ernesto estaba á la sazón en la tenería respirando una admósfera de chocolate, de tanatos y de descomposición animal, pero meciéndose en los sueños dorados de su amor, envane-ciéndose, con la fatuidad de sus veintidos años, en haber hechizado á aquella perla de quince abrilés, que era su novia y que iba á ser su esposa y que...

Era que el dios Pan, seguía tocando su flauta, y el león y Ernesto caminaban tras la felicidad.

Solo que los leones y los hombres la alcanzan por muy distintos caminos y estamos seguros de que nadie se atreverá á negarnos esta palmaria y neta aseveración.

No obstante esto se nos antoja que es necesario probarla.

El león, como si el creced y multiplicaos de la Biblia hubiera sido escrito solo para él, obedecía ciegamente.

Ernesto que conocía la Biblia tan bien como el león, quería multiplicarse aunque no creciera.

El león en su calidad de organismo anterior al hombre, toco el límite de progreso que en la escala del génesis universal correspondió á su especie; y armado, como todo sér viviente, para la lucha por la vida, está dispuesto á triunfar y ha triunfado siempre de todos los obstáculos. Siempre encuentra un animal mas débil que devorar, una sombra donde guarecerse del Sol, un arroyo donde apagar la sed, un lecho de hojas, una alcoba nupcial y una compañera: cumple sus deberes de esposo y de padre, mejor que el hombre, no gasta sus fuerzas inutilmente, y no desea mas que lo que necesita; es ac-

tor en su teatro y cumple su misión sobre la tierra.

Ernesto es un producto humano que brota casi al terminar el siglo XIX; quiere decir cuando hace más de cuatro mil años que desapareció el hombre primitivo, cazador y salvaje, que crecía y se multiplicaba como los leones; y aunque Ernesto conserva intacto y original el instinto sexual del hombre Aristotélico, nace en medio de esas numerosísimas falanges desheredadas, que existen en todas las sociedades modernas, y se llaman pamperismo y proletarismo; nace cuando se agitan irresolutos en el cerebro de los hombres pensadores esos grandes problemas sociales; nace cuando el desequilibrio social coloca al proletario en la forzosa disyuntiva de engendrar prole débil y necesariamente desgraciada, ó condenarse al celibato.

Y como si las horcas caudinas del proletarismo no fueran de por sí bastantes para que una familia en prospecto esté condenada á los horrores de la miseria y á las trascendentales consecuencias de la falta de medios, Ernesto tiene todavía encima otro cúmulo de dificultades que habrán de ser indefectiblemente en el porvenir otros tantos agentes de la desgracia.

Ese cúmulo de dificultades funestas, está sintetizado en estas palabras: Ernesto era lo que llamamos *un muchacho decente*.

Vamos á esplicarlo.

Cuando el proletario en México es el hombre analfabético, nacido de la última clase, estraño todavía al movimiento moral é intelectual de la nación y gana por lo regular un jornal bastante para permitirle:

1.º Desperdiciar un día de trabajo en la semana: el Lunes.

2.º Mantener escasa pero uniformemente á su familia.

3.º Darse el gusto de ir los Domingos á los toros.

Y 4.º Propinarsé algunos litros de pulque á la semana, generalmente aunque no sea borracho, en mayor cantidad de la que prescribiría la costumbre por vía de digestivo ó de estimulante, este proletario vive sin grandes apuros. Pero cuando el proletario es como Ernesto *un jóven decente* las dificultades tienen que elevarse al cubo.

Como hemos dicho ya, Ernesto es hijo de un maridito de pura raza, y como tal he aquí el resúmen de los veintidos años que ha vivido.

Faltos de los recursos indispensables para la vida, los muchachos, según espresión de Doña Marianita, se han criado en la miseria.

Efectivamente; hubo día que los

muchachos, ó sean los siete hijos del maridito, se desayunaron á las dos de la tarde, días en que comieron solo pan duro, y días en que no comieron nada.

Ernesto por su parte fué víctima del sarampión, de la tos ferina, de varias enfermedades gástricas y del tifo. Su constitución, pues, como se vé, ocupaba el extremo opuesto de la del león. No será por lo mismo padre de hijos atletas.

Su educación primaria había sido incompleta, por que los mariditos y las mujeres de los mariditos tienen muy poco tiempo para vigilar la educación, la conducta y la moral de sus hijos.

De manera que apenas tuvo Ernesto quince años ya sus padres no pensaron más que en convertir en productor á aquel pequeño pero voraz consumidor de pan y de zapatos y Ernes-

to probó á ser cajista, repartidor, revendedor de chacharas mite en el teatro, buscador de propinas en las estaciones de ferrocarril y cuanto le vino á las mientes hasta que acertó la suerte á colocarlo de vendedor de cueros por mucho tiempo sin remuneración y al fin con cuarenta pesos cada mes.

Esta renta, que comparada con el hambre atrasada que padecía, y con sus anteriores oficinas, le pareció la de un mayorazgo, empezó á tener por primeros consumidores, antes que á su madre y á sus hermanos, al sastre.

Ernesto hace olvidar hoy sus antecedentes por medio de unos botines de charol puntiagudos, un cuello de camisa cerrado, alto, justo y limpio, y una corbata de seda blanca.

Esto lo hace confundir, aunque sea á cierta distancia, con los millonarios.

¿Que más quiere?

El está seguro de que ese aspecto suyo es todo lo que se necesita en esta vida y es feliz.

Todavía más feliz que el león con sus garras, sus dientes, su valor, sus músculos de acero y su admirable instinto.



CAPÍTULO IV.

De como el curioso lector va á convenir con nosotros en que conoce á Doña Lugardita López.

ESTA señora aunque nunca habla de su matrimonio, á pesar de lo mucho que habla de todo, es de suponerse que haya sido casada, si dato suficiente para juzgar de esta manera son sus hijos. De sus hijos, especialmente de su Pepe, es de quien Doña Lugardita habla más que de cualquiera otra cosa.

Doña Lugardita es visita de *asistencia* de muchas casas, y es una especie de periódico de las familias, que